

## Capítulo II: El desierto de Numel

*El sol abrasaba el cabello del muchacho que, arrastrando los pies en la arena, caminaba hacia un punto lejano en el horizonte.*

*El calor era sofocante y la arena se mezclaba con el aire, era casi imposible respirar. El chico miraba, con una expresión parecida a la añoranza, el cielo sin nubes.*

*Era mediodía, y el sol castigaba a todo aquél que osara alzarse en el inmenso desierto que lideraba.*

*Las fuerzas del joven fallaban y su ritmo se tornaba lento e irregular, al final, su cuerpo desistió y cayó rápidamente sobre la ardiente arena. Su visión se volvió nublada y, pronto, el joven cayó en la inconsciencia.*

*No sabía cuánto tiempo llevaba dormido o inconsciente, pero sabía que no estaba muerto, ya que notaba el galopar de algún animal bajo su cuerpo.*

*—¿Ya te has despertado? — le preguntó una dulce voz, a su derecha.*

*—¿Qué ha pasado? — dijo mientras intentaba quitarse la arena de los ojos.*

*—Te has quedado inconsciente mientras estabas en la arena. Es un acto suicida andar en el desierto sin precaución. — dijo la muchacha — ¡Podrías haber muerto si no te hubiese encontrado! — y le dedicó un guiño dulce y acogedor.*

*—Me duele la cabeza. — dijo el muchacho mientras se frotaba la frente con la mano izquierda — No sé cómo he podido quedarme inconsciente... — siguió el muchacho.*

*—Debes de llevar varios días andando ¡Es normal! — y luego añadió con voz más baja — Pero eso no quita que sea una locura pasearse por el desierto como tal...*

*— Je — el muchacho, de catorce o quince años, dieciséis a lo sumo, dibujó una sonrisa en su cara — je, je. Es que soy un poco despistado... y cabezota. Soy capaz de hacer lo que se me antoje por pura cabezonería. Je, je, je... — y siguió riendo con gusto.*

*—¿Qué se te ha antojado hacer ahora? — dijo la niña con curiosidad.*

*—Em... — dijo un poco confuso — Me dirijo a Ellidervaden, me gustaría mucho ir allí.*

*—Pues está muy lejos — dijo mientras hacía un poco el tonto, como si estuviese calculando a cuánto estaba la ciudad — ¿Y de dónde vienes?*

*— Pues de Ewan — dijo no muy convencido.*

—¿De la capital!? — dijo completamente emocionada — ¿Pero tú eres forastero? ¿De las tierras de Ándor?

—No, mi familia viene de allí, pero yo nací en Ewan, te lo aseguro.

—¿Entonces es como la familia real! — dijo casi saltando en su montura — ¿Sabías que la familia real es de Ándor?

Con un gesto casi cómico de fanfarrón, declaró:

—¡Ja! Eso lo sabe todo el reino.

—Pues a mí me parecería muy interesante. — dijo y rebuscó en sus bolsas en busca de unas verdes hojas que entregó a su dromedario.

—¿A dónde vamos? — preguntó el chico que aún se sentía atontado.

—Vamos a Thantag, la ciudad más hermosa de todas, después de Ewan. ¡Construida en torno al monte Urugmei en medio del desierto de Numel! — siguió animada — Te gustará.

—¿Mi agua? — preguntó el chico con sorpresa.

—Se te habrá derramado al caer, — declaró la chiquilla — pero no importa, toma la mía.

Agitó dos delgados dedos sobre su cantimplora mientras dibujaba un pentágono con curiosos signos que desprendían una luz verdosa en pleno día, desafiando el resplandor del sol.

—Así estará fresca — dijo, y le entregó la botellita llena de líquido fresco.

Al atardecer, distinguieron las murallas que rodeaban el monte Urugmei.

—La ciudad del desierto — informó — ¿Oyes eso?

Una suave brisa despertó el interés del muchacho.

—¿Qué es?

—Se llama "wringwen", es el cantar de las almas de las muchachas.

—Es precioso — dijo el visitante asombrado — Es lo más hermoso que he oído en toda mi vida.

—Sí, la verdad es que es precioso... — y, al decir esas palabras, sus ojos mostraron dos perfectas gotas que brillaban con el sol del atardecer.

—Lo siento, no quería decir nada que te molestara — dijo confuso.

—No es eso, me gustaría que mi madre fuera parte del wringwen, y eso creo yo, ya que su voz era muy parecida a la canción de las almas — declaró mientras se secaba las gotas semejantes a diamantes.

—Te comprendo — dijo el viajero para asombro de la muchacha — Yo también conozco a alguien, a quien quiero mucho, que me hace recordar los momentos más felices y, a la vez, los más dolorosos que he tenido.

Estaban muy cerca de la entrada.

–¡Hola, Ahíria! – la saludó un soldado cansado y deseoso de llegar a casa.  
–¡Hola, Tíntor! – lo saludó la aludida.  
–O sea, te llamas Ahíria – dijo el muchacho cuando ya habían cruzado las murallas de la ciudad.

–Sí ¿Y tú cómo te llamas? No se me ha ocurrido preguntártelo.

–Neba, ése es mi nombre – y miró hacia donde el más alto torreón ocupaba su puesto privilegiado.

Se pararon enfrente de una taberna que, en su segundo piso, albergaba el hogar de Ahíria.

–Puedes ocupar la habitación pequeña que hay al fondo.

–Muchas gracias – le agradeció el muchacho.

–No habría sido la única persona que te habría ayudado – le explicó.

–No estoy tan seguro... – dijo con voz seria, pero, rápidamente, sonrió.

Nadie salió de sus hogares en aquella noche fría. Todos los habitantes de Thantag se refugiaban como si supieran la tragedia que, horas más tarde, llegaría a la ciudad.

Neba miró por la ventana, pero como era obvio, no vio ni un alma.

–He preparado la bañera por si quieres tomar un baño – le avisó Ahíria cuando asomó la cabeza por la puerta.

–Te lo agradezco – dijo el chico y, tras coger sus ropas, se dirigió a un cuartillo donde había una bañera repleta de agua y, encima de una mesa baja, ropa, una toalla y un tarro con sal de colores.

Se desenganchó el extraño pendiente que colgaba de su oreja, y empezó a desvestirse. Se sumergió en las cálidas aguas y hundió su cabeza hasta que su pelo quedó totalmente empapado. Abrió el pequeño tarro y extrajo una pequeña cantidad de sales que coloreó el agua de una tonalidad azul violácea. Se desabrochó la tela, que le llegaba desde la muñeca hasta la mitad del antebrazo, y sumergió la herida que escondía en el agua salada, mientras sentía un dolor punzante en ella, debido a la sal.

Tras el baño, se vistió con la túnica que le habían prestado.

Al salir, se encontró con una bella muchacha vestida con una túnica color melocotón con ribetes marrones. Sus dos trenzas simétricas y negras como el azabache descendían por su espalda, y su piel bronceada semejaba a una estatua dorada. Era como mirar a una diosa con aspecto de niña de doce años, o esa sensación le dio a Neba.

Tras cenar, Neba se dirigió a la habitación que le correspondía. Buscó en su bolsa, y abrió un grueso libro de páginas amarillentas y polvorientas, escritas con

tinta negra con una caligrafía tan elegante como los cisnes al volar por el cielo azul, y dibujos hechos con tinta de color rubí. Empezó a leerlo con atención y cuidado, con tanto entusiasmo que no oyó los ligeros pasos de Ahíria al entrar.

—Neba, ¿te interrumpo? — dijo la chica, y Neba levantó la vista como si lo hubiesen asustado.

—¡Qué quieres! — le espetó.

—En el cuarto de baño había un pendiente, creo que es tuyo — y enseñó un pendiente con un borde dorado y el otro terminado en punta.

—Sí, es mío, muchas gracias por encontrarlo. No sé lo que habría pasado si lo hubiese perdido — y recogió el diminuto objeto.

—¿Qué lees? — dijo Ahíria acercándose al libro.

—Es... um... un libro que ha mantenido mi familia durante generaciones — respondió.

—Tiene los mismos signos que se usan en algunos hechizos; pero no lo entiendo; sólo sé hacer que el agua cambie de temperatura y proteger mi casa por si hay un ataque enemigo — Neba la miraba con curiosidad, parecía que no le importase que viese su libro.

Cuando terminó de decir qué hechizos sabía, Neba le dijo:

—¿Quién te enseñó a hacer magia?

—Mi madre... — y esa mirada triste que le había asaltado en las murallas de la ciudad volvió a su rostro.

—Da igual, no quiero que te pongas triste. — y, mientras Ahíria salía de la habitación, siguió — Buenas noches.

—Buenas noches.

Neba intentó leer un poco más, pero, al poco rato, se metió en la cama.

Cuando se despertó, no había salido el sol, pero se distinguía, en el horizonte, el resplandor de la mañana.

Había un gran ajeteo en la taberna, se veía que Ahíria se empleaba a fondo en su trabajo.

Bajó a la barra, sin que nadie lo viese, y vio a un soldado que se acercaba a Ahíria. Ahíria y el soldado se apartaron un poco y Neba los siguió. Hablaban en susurros, pero Neba les oyó igualmente.

—Ahíria, esto es confidencial. Tengo orden de no decir nada de esto a ningún civil, pero espero que tú me ayudes — Por lo que parecía todos tenían mucha confianza en ella.

—Eso espero — dijo muy nerviosa, se podía temer cualquier cosa.

–*Han matado al rey* – dijo en un susurro, y tan rápido que la niña lo miró sin comprender – *Bueno... puede que no esté muerto. Pero... ha... ha desaparecido.*  
– *aclaró tartamudeando* – *No han debido encontrar nada, solo sangre. Por lo visto, lo atacó un chico joven, del norte que vestía traje oscuro. Es lo único que han averiguado.* – Ahíria comprendió, horrorizada, la situación y temía saber quién era aquel misterioso “asesino”, pero no lo podía creer, es más, no lo quería creer.

*Volviendo a la realidad aclaró:*

–*Ajum, te avisaré si veo a algún forastero nórdico en la taberna, confía en mí* – el soldado se lo agradeció, y volvió a su puesto en la torre central, la más alta.

*Cuando Ahíria iba a volver con sus clientes, descubrió a Neba en su escondite, y recordó su conversación. Lo miró de una forma extraña y dijo con resignación:*

–*¿Lo has oído todo?*

–*Sí.*

–*Entonces, explícame por qué lo has hecho.*

–*Te lo diré, – la chica se sorprendió, pero apenas lo dejó notar – pero con una condición: no me delatarás.*

*La chica reflexionó.*

–*Primero explícate, luego lo decidiré.*

–*Está bien, –dijo el joven y apuesto brujo – me has enseñado que eres de confianza, creo que también debes de ser justa. Te lo contaré todo cuando no haya nadie en el bar, cuando nadie nos pueda observar.*

*Era una noche fría y sin estrellas. El firmamento estaba cubierto de grandes y grises nubes de polvo que no dejaban respirar, y convertía una noche tranquila, en una noche asfixiante y pesada.*

*Se distinguían dos sombras en una pequeña habitación llena de cajas, muchas de ellas viejas, y botellas de color verde oscuro. Los cuerpos que se habían perfilado eran los de una chica y un chico, de expresión seria y ojos grisáceos. El chico se había apoyado en una balda que sostenía unas cajas de bordes gastados, la chica miraba con expresión seria e inteligente.*

–*¿Estás segura de querer oír esto?* – empezó el chico.

–*No lo sé, pero tengo derecho a saberlo* – contestó la niña, que, aunque era de corta edad, con una sola frase había conseguido tensar aún más el ambiente; era sofocante.

–*Bien* – *la expresión del joven era muy seria, tan seria que no concordaba con su edad y rostro juveniles* – *Fui yo, ¡sí!* – aunque la muchacha estuviese esperando esa respuesta, una sombra de temor y desconcierto nubló su rostro durante

un instante – *Yo me colé en la habitación de la princesa, yo derribé a esos soldados y me llevé al rey conmigo* – la expresión de la chica se volvió confusa, tenía los ojos mirando fijamente a su compañero, pero eran palpitantes, como si quisieran huir de esa mirada fría y profunda; empezó a sudar sin motivo, se puso pálida, sintió frío y calor a la vez, el cerebro le daba vueltas...

–*¿Por qué?* – consiguió decir.

–*Por venganza* – y ella percibió una sonrisa maliciosa en su faz, y sintió algo raro, muy raro.

–*Tú no eres normal* – era muy difícil pronunciar esas palabras delante de un algo extraño, algo que después de sentir pocos mortales conseguían vivir para contarlo.

*El chico la miró con la expresión de alguien que ve cómo sufres y no hace nada. Se dio la vuelta y cuando iba a salir de la habitación, la chica consiguió preguntar:*

–*¿Lo has matado?* – el joven la miró con cierta curiosidad...

*Y sonrió.*

–*Está vivo,* – y agregó en tono frío y claro – *de momento* – y aunque Ahíria no lo viese, la duda asomó a sus ojos.

*Hacia un día entero que Ahíria y Neba no se hablaban. La chica se esforzaba por evitar cualquier encuentro con él, y el muchacho, por su parte, no mostraba ningún interés en hablar con ella. Lo que él no sabía era que Ahíria comprendía la situación, porque ella la había pasado, años atrás.*

*Neba leía ese libro tan misterioso cuando la joven entró, los ojos de ella brillaban con una fuerza diferente a la de cualquier otra persona. Neba se sobresaltó, ya que no prestaba atención a nada, exceptuando ese libro raro.*

–*¿Pasa algo?*

*La chica había abierto la puerta con decisión.*

–*Si* – respondió con aplomo.

*Se acercó a Neba con paso vacilante, estaba muy nerviosa. Lo miró a los ojos y dijo:*

–*Te ayudaré.*

*El joven la miró anonadado, no se habría esperado esa respuesta ni en un millón de siglos.*

–*¿Qué?* – preguntó, deseando haber oído mal.

–*Te voy a ayudar* – el chico la miró incrédulo.

–*¿No te ha quedado claro que soy una persona despreciable que no necesita ayuda?*

—¡Mentiroso! — lo riñó y le dedicó una sonrisa maliciosa — Es verdad que tú serías capaz de matarme, pero no creo que tú no seas una persona con sentimientos. Se ve que te vengas por alguien, lo que significa que tú sientes algo por esa persona, y si sientes algo por alguien eres una persona. — cogió una bocanada de aire y respiró tranquila. El chico la miraba asombrado — Lo que quiero decir es : ¡Que tú no eres tan malo como quieres aparentar! — terminó triunfante.

—Entiendo. Si quieres ayudarme, hay ciertos datos importantes que deberías saber. Quiero matar a Curdai, llamado también el mago de Anchett — la cara de la muchacha cambió; miraba con sorpresa, miedo y odio; una especie de torbellino de emociones.

—¿Lo quieres matar? — dijo casi gritando; estaba fuera de sí — ¡Te va a matar!

—¿Quién ha dicho que yo voy a morir? — dijo él mientras dos llamaradas crecían en sus ojos.

—Lo que quieras, pero no vas a poder salir, los guardias estarán esperándote.

—Entonces, habrá que idear un plan — el fuego de sus ojos se volvió bailarín, vivo y, casi, alegre.